

Jacques, *veni foras!* Resurrección de Derrida según Jean-Luc Nancy

Cristina RODRÍGUEZ MARCIEL

UNED
cmarciel@invi.uned.es

Resumen

¿Podemos referirnos en deconstrucción a un *arte de la resurrección*? La resurrección debe dejar de ser entendida como el hecho sobrenatural o la fábula prodigiosa e increíble que nos llega desde nuestro acervo cristiano. Constataremos cómo ese exceso de la *sobrenaturalidad* no es sino una *τέχνη*. La resurrección, en consecuencia, no se toma prestada provocadoramente del léxico del milagro, sino que tiene lugar en la escritura y en la lectura. A partir de una singular *diferencia* entre Jacques Derrida y Jean-Luc Nancy con respecto al término resurrección, podremos acercarnos a la forma en que la separación puede ser entendida como un modo extraordinario e inaudito de relación. No puede tratarse ya de una vida en otro mundo, sino de *lo otro* de la vida *en este* mundo: el levantamiento en esta vida de lo indisponible del sentido.

Palabras clave: Arte o *τέχνη* de la resurrección, separación, escritura y lectura, nombre, realidad de lo real.

Abstract

Can we talk of an *art of resurrection* in deconstruction? Resurrection must no longer be understood as the supernatural act or the miraculous and incredible fable that comes to us from our Christian tradition. We state that this excess of *supernaturalness* is indeed a *τέχνη*. Resurrection, consequently, is not borrowed provocatively from the vocabulary of miracles but rather takes place in writing and reading. Using as a starting point a singular *difference* between Jacques Derrida and Jean-

Luc Nancy with respect to the term resurrection, we will approach the way in which separation can be understood as an extraordinary and unprecedented form of relation. It can no longer be about some form of life in another world, but rather is about *the other* of life in *this* world: the rising in this life of the unavailable of the sense.

Key words: Art or *τέχνη* of resurrection, separation, writing and reading, name, reality of the real thing.

«La huella que dejo me indica, a la vez, mi muerte por venir o ya advenida y la esperanza de que me sobreviva. No es una ambición de inmortalidad, es estructural. Dejo ahí un pedazo de papel, me marchó, muero: imposible salir de esa estructura, es la forma constante de mi vida. Cada vez que dejo partir algo, que semejante huella salga de mí, que “proceda” de mí, y sea imposible reapropiármela, vivo mi muerte en la escritura.

Prueba extrema: uno se expropia sin saber a quién propiamente confía lo que se deja. ¿Quién va a heredar y cómo? ¿Habrá siquiera herederos?»

Jacques Derrida (*Apprendre à vivre enfin*)

Comenzaré esta exposición ofreciendo al lector otra cita de un texto de Derrida que, en principio, podrá parecer muy distinta del exergo tomado de *Apprendre à vivre enfin* que encabeza este escrito, pero que acaso, si bien se piensa, no lo será tanto. Otra cita y, sin embargo, la misma. Una cita con la que mojar el papel, humedecer o bañar las palabras trazadas. Una frasecita con la que inundar todo cuanto aquí está escrito, otro exergo con el que impregnar el texto, imprimirlo o preñarlo con huellas de agua. Y no podrá ser de otra manera porque esa *otra* cita (¡tan parecida sin ser la *misma!*) está tomada de *Prégnances*¹ y dirá lo que hay que decir, además, en tres palabras. Tres palabras que apenas son las escurriduras de una simiente, una cita que de tan pequeña no es ni siquiera una frase, sino un paciente sintagma preposicional, todavía en espera de recibir la acción de un verbo: «entre dos aguas». «Entre dos aguas» funcionará en el texto como un exergo, otro, colocado esta vez en el borde del texto y que lo impregna, reimprimiéndose, en todas partes donde es cuestión de la vida y de *mi* vida, de la *mía* también, de la vida de quien escribe este texto y lo firma como papel mojado. Con estas tres palabras en suspensión, no olvidemos que «en suspensión» describe el estado de un cuerpo cuyas partículas se mezclan con un fluido pero sin lograrse la disolución, Derrida comienza

¹ Derrida, J., *Prégnances. Quatre lavis de Colette Deblé*, Brandes, Paris, 1993, (s.p.).

el texto cuyo título traducimos en español por *Pregnancias. Sobre cuatro lavis de Colette Deblé*. Si bien el texto pueden encontrarlo en castellano publicado en la revista *Lectora*², sus traductores no han traducido el *lavis*. Como es sabido, el *lavis* describe en francés un procedimiento pictórico similar al de la acuarela, pero cuyos colores, como los del *gouache*, son más espesos y se diluyen en agua o en cola mezclada con miel para volverlos más pastosos. El *lavis* suele traducirse en castellano por «aguada». En español nos referimos a un «lavado» para definir una aguada hecha con un solo color. ¿Por qué entonces no traducir el *lavis*? Sencillamente, porque los homófonos de ese *lavis* abren en francés una polisemia que juega con la lengua hasta dejar en suspensión la traducción. Ah, *la vie!*... ¡la vida!, tú o yo, *je la vis, tu la vis*, yo la vi o yo la vivo, tú la viste o tú la vives, la vida... Los lavados, las aguadas, los *lavis* de la pintora francesa Colette Deblé desencadenan una reflexión de Derrida que conjuga el nombre de esa técnica pictórica con las cuestiones del ver y de la vida, de la visión y de la visibilidad, porque *ver la luz* es también nacer. Sólo resumiré, muy brevemente, para quienes no hayan leído ese texto que, en él, Derrida analiza el modo en que las aguadas de Deblé impregnan las representaciones de los cuerpos femeninos en las obras de arte consagradas de los grandes maestros masculinos de la Historia del Arte pictórico occidental: Tiziano, Tintoretto, Veronés o Rubens, para mojarlas con otras aguas, para impregnarlas o bañarlas pero nunca ahogarlas o anegarlas. Unos dibujos al *lavis* filtran pero también preservan cuerpos intactos de mujer que tiemblan en el elemento líquido. Las aguas de Derrida o los *lavis* de Deblé no pretenden *lavar* la tradición para disolverla y aniquilarla, sino empaparla, inundarla, impregnarla con aguas nuevas. Aguas que agitan, regresan, agitan. «La historia tiembla», entonces, «entre dos aguas», «como sus mujeres impregnada»³. Esas mujeres habrán sido reengendradas, engendradas, nacidas de nuevo por primera vez, llenas del por venir y de la memoria que llevan al salir del baño: Diana, Eva, Venus o Susana. Impregnadas, esto es, cubiertas por las aguas, fecundadas, fertilizadas por haber recibido las escurriduras de una simiente. Dos operaciones discernibles pero que no hacemos mal en confundir: imprimir e impregnar, dice Derrida. Dos operaciones sobre el cuerpo de la mujer.

«Invadir dejando la marca, pero penetrar como la expresión de un flujo después de levantar una presa de contención, *inundar*, preñar una matriz, *imprimirse* en la fluidez misma. Nada que ver con un impresionismo. Huellas de agua y simiente de las generaciones, impresiones ahogadas y trazos en transparencia. Con miras a sacar de nuevo a flote un cuerpo de la mujer»⁴.

² Derrida, J., «Pregnancias. Sobre cuatro *lavis* de Colette Deblé», traducción de Joana Masó y Javier Bassas, en la revista *Lectora*, (Barcelona) n° 13, 2007, pp. 267-275.

³ Derrida, J., *Prégnances. Quatre lavis de Colette Deblé*, ed. cit. (s.p.).

⁴ *Ibid.*

«Entre dos aguas», entre dos aguas con miras a sacar de nuevo a flote un cuerpo de la mujer. Derrida dice haber estado durante mucho tiempo buscando la línea de flotación de esos cuerpos anfibios. Las aguas describen el curso de una estrategia deconstructiva cuando se infiltran, empapan, permean y así delatan y ponen en evidencia una operación masculina, falologocentrista, cuando a *Él*, un *Él* escrito con mayúsculas, toda nuestra tradición siempre lo ha salvado de las aguas. Salvado de las aguas, caminando sobre ellas, separándolas o abriéndolas, *Él* nunca se moja. Dominándolas o violentándolas jamás se mezcla con ellas⁵. El terroso permanece seco, fuera del agua. Un sequero o un secadal, una tierra sin riego⁶. Pero dejémoslo aquí. Temo que el lector al que ofrecí una cita pueda empezar a impacientarse, como alguien que, habiéndose metido en la sala de un cine, advierte que la película que proyectan en la pantalla no es la que él creía que iba a ver. Ese lector aún espera a una mujer que acaso se llame Inger. La mujer resucitada en *La palabra*, el filme de Dreyer. El lector pierde la paciencia porque el título que le he dado también *da palabra* de resurrección. Y «dar palabra», como es bien sabido, *re*-afirma por anticipado el cumplimiento de una promesa. *Dar palabra* es entonces un suplemento del habla donde hablar se refiere menos al decir que al hecho de que esa palabra se dirige, que es enviada. *Se da palabra* como *suplemento* de la promesa, prometo y de lo prometido *doy palabra*, como si la promesa valiera poco por sí misma sin la palabra así empeñada...

Pero enseguida podré mostrar que si un *lavis* siempre tiene que ver con la vida y con el cuerpo de la mujer, otras aguas, las aguas de un determinado espacio del mar, *les parages*, otra vez necesariamente en francés, es decir, no sólo los parajes, el lugar de estación o los alrededores, sino lo que nombra también, pero exclusivamente en francés, el título de ese libro de Derrida: las aguas costeras, las aguas superficiales, el espacio del mar situado en la vecindad de la tierra y que hace accesibles las costas a la navegación. Esas otras aguas, *Parages*, tienen que ver, como ya mostró Derrida en un emergente «*Journal de bord*», con una supervivencia, con el sobrevivir, *survivre*, más que la vida, con la vida y algo más. Y siendo así, esas

⁵ Sólo algunos ejemplos, sobradamente conocidos y firmemente establecidos en nuestro imaginario: «Moisés extendió su mano sobre el mar y Yahvéh removió sus aguas durante toda la noche, con un fuerte viento del oriente que secó el mar, y las aguas se dividieron», (Éxodo, 14:21). También: «Y en el momento en que la planta de los pies de los sacerdotes portadores del arca de Yahvéh, Señor de toda la tierra, se pose en las aguas del Jordán, las aguas del Jordán quedarán cortadas...», (Josué, 2:13). Y, finalmente, por supuesto (Mateo, 14:25-27): «A la cuarta vigilia de la noche, fue hacia ellos caminando sobre el mar. Los discípulos al verlo caminar sobre el mar se sobresaltaron y dijeron: “¡Es un fantasma!” Y se pusieron a gritar por miedo. Pero [Jesús] les habló enseguida: “¡Ánimo! soy yo. No tengáis miedo”».

⁶ Por lo demás, y como escribe Jean-Luc Nancy, esa «sequedad» podría mostrarnos el «espacio incógnito» de un comienzo de lo que él llama «el exceso seco del sentido»: «Fin de las fuentes, comienzo del exceso seco del sentido». Véase Nancy, J-L.; «Comment le désert croît» en *Le Sens du monde*, Galilée, Paris, 1993, p. 44.

aguas nos hablan también de *sur-vivre* y de *sur-voir*, otra vez, de sobrevivir y del elemento de la visibilidad, de la visibilidad de lo visible, de ver la luz, de ver la visión o de ver la visibilidad que, como sabemos, sólo puede hacerse desde una experiencia de la ceguera. Y todo eso tiene que ver con una resurrección y nuevamente con el cuerpo de la mujer. Exactamente con los cuerpos de las dos mujeres resucitadas en el relato de Blanchot, *L'arrêt de mort*, que Derrida escruta en «*Survivre*». Una lleva por nombre Nathalie, *dies natalis*, la que cuida de la vida, el día del nacimiento. La otra, cuyo nombre quedará para siempre en secreto disimulado bajo una inicial, es llamada por el narrador del relato precisa y fortuitamente J., J y punto. Doble invaginación entonces de lo que ocurre entre esas dos mujeres, una de las cuales, aunque sea para desestimarlo, el narrador de *L'arrêt de mort* considera en su relato que se ha suicidado ahogándose. Pero no haremos como cierto «Ojos verdes» en *Glas*. No vamos a ahogarla sólo porque creamos que, una vez muerta, podríamos resucitarla. No, la resucitaremos *realmente*. Siempre trabajamos con miras a sacar de nuevo a flote un cuerpo de mujer al *clamor* de un *veni foras*, un cuerpo de mujer o una escritura pues, desde que Derrida escribió *Éperons* (nunca abandonamos, por lo demás, la proximidad de las aguas cuando «*éperon*» nombra en francés la punta que remata la proa de un navío y cuando al traducir al español «*espolón*» nombra también el malecón que, a orillas de los ríos o del mar, contiene las aguas), sabemos que, cuando nos relacionamos con la escritura, de lo que se trata siempre es de leer un inédito, de leer lo ilegible, de leer lo que no está escrito, aquello que se da hurtándose, como una mujer o una escritura. Ilegibilidad del texto que, sabemos también, no es el acceso dificultoso a un sentido que de tan oculto nos impediría llegar a él, sino el momento de resistencia indómito e irreductible que hace posible la lectura y levanta la legibilidad. Por lo demás, ¿no es acaso en la escritura y en la lectura, donde vivo mi muerte y donde muero mi vida? *Dejo ahí un pedazo de papel...* Pero, de momento, nada he escrito todavía, sólo he ofrecido un sintagma preposicional que dice: «entre dos aguas». Tres palabras que no son sino mi pretexto y mi pretexta, lo que excusa un largo preámbulo y un velo de agua a través del cual entrever. A través de las aguas se entrevé mejor y, así, entrever es siempre *sur-voir*, más que ver, ver y algo más. *Parages* nombra entonces una indecisión, las aguas indeciden y se indeciden entre el acontecimiento de la cita, de antemano divisible e iterable, y el deseo de la venida misma, antes de toda cita. «Entre dos aguas» pronuncia un indecidible que no pertenece al cálculo, sino a lo que ningún cálculo podría jamás anticipar puesto que va mucho más allá de la indiferencia de la voluntad o de la incapacidad de elegir entre dos opuestos. Esas aguas nunca podrán pertenecer al cálculo porque, como las del río Ameles⁷, es imposible conte-

⁷ Platón; *La República o de lo justo*, libro X, 621 a. Recordemos el pasaje del mito de Er, cuando las almas de los muertos llegan a la pradera de Leteo: «Al venir la tarde acampaban junto al río Ameles, cuya agua no puede contenerse en vasija alguna; y a todos les era forzoso beber cierta cantidad de

nerlas en recipiente alguno. Y cuando se beben, se hace con miras a una resurrección. Acontecimiento del que ya sabemos, con un saber que no es un saber, que no puede llegar más que desde la experiencia de lo indecible. *Parages* nombra la indecisión entre lo próximo y lo lejano, el lugar donde se abandona la seguridad del anclaje y el navío se prepara a zarpar, «la cartografía imposible y necesaria de un litoral, una topología incalculable, la foronomía de lo ingobernable»⁸. Y es ahí, en ese punto, en un lugar inhabitable, entre Jacques Derrida y Jean-Luc Nancy, entre Jean-Luc Nancy y Jacques Derrida, donde esta lectora infatigable de ambos *corpus*, que hoy tiene la impudicia de confesarlo, escribirlo y dar palabra de ello, es una bañista impenitente «entre dos aguas». Mi doble verdad, mi contradicción de principio. Cualquier supuesta unidad ha sido retirada en ese entredós. Disposición general de la «*sexion*»⁹, aquello que, según Nancy, poniendo en su lengua el movimiento de una fonética que aproxima esa palabra a «sección», no evoca un seccionamiento sino el «ex-ponerse» o el «ex-portarse» fuera de sí antes incluso de cualquier constitución de «sí». De ese modo, «entre» dice la relación originaria, la exposición originaria, y la exposición del origen mismo que así ya no es origen sino exposición. Esa no-unidad, el origen disipado, la «*sexion*», es la condición para que haya lo uno y lo otro, para que lo uno se distinga *de* lo otro y *con* lo otro. No se trata, por consiguiente, de «elegir» *entre* lo uno y lo otro, *entre* dos opciones o, como enseña veremos, *entre* dos posiciones discrepantes.

Dos lenguas húmedas comparten el juego. La expresión idiomática siempre es menos «privada» (*ἰδιωματικός*) al ser *partagée* por las dos lenguas. «Nadar entre dos aguas» o «*nager entre deux eaux*» alude en los dos idiomas a la adopción de una actitud equívoca que trata de satisfacer *simultáneamente* a dos partes en oposición. Aquella que evita comprometerse a fondo nada entre dos aguas quedándose inerte, inmovilizada en la superficie. Nadar entre dos aguas es entonces una operación femenina y de superficie en la que el fondo ha emergido y ya es imposible ahogarse. No se necesita caminar sobre las aguas porque se ha aprendido a nadar en superficie. Como diría Nancy, con esa operación femenina siempre se trata de «ondas elementales, se trata de una profundidad que viene a la superficie y se ahueca en olas, se trata de una emergencia, de una flotación o de un nadar»¹⁰. Flotación entre los dos corrientes de agua como las originadas por los dos costados de un

aquella agua, de la cual bebían más de la medida los que no eran contenidos por la discreción, y al beber cada cual se olvidaba de todas las cosas. Y, una vez que se habían acostado y eran las horas de la medianoche, se produjo un trueno y temblor de tierra y al punto cada uno era elevado por un sitio distinto para su renacimiento, deslizándose todos a manera de estrellas».

⁸ Derrida, J.; *Parages*, Galilée, Paris, 1986, p. 17.

⁹ Nancy, J.-L.; «Il y a du rapport sexuel – et après» en la revista *Littérature* (Paris) n° 142, 2006, p. 31.

¹⁰ Nancy, J.-L.; *Noli me tangere. Ensayo sobre el levantamiento del cuerpo*, traducción de Alejandro del Río Herrmann, Trotta, Madrid, 2006, p. 102.

navío. Y una vez más las aguas agitan, regresan, agitan. Operación femenina que experimentan también los hombres de profundidad cuando por una vez gozan de aquello que Nietzsche llamó «epidermicidad» y que consiste en «eso de parecerse por una vez a los peces voladores y en jugar en las últimas crestas de las olas; lo que más aprecian en las cosas es que tienen una superficie; su epidermicidad, *sit venia verbo*»¹¹. Por reserva o cautela la actitud de quien nada entre dos aguas es tibia o ambigua. Incierta, dudosa, esquiva, perpleja, juega con la indeterminación. Y siendo una operación femenina, obviamente, no podía tener muy buena prensa. Inconsistente como la espuma, aquella que nada entre dos aguas, evita tomar partido entre dos contendientes tomando partido *a la vez* por los dos pero, por las mismas, es infiel a ambos. *Ni* el uno *ni* el otro, el uno *y* el otro. Oscila entre dos géneros de oscilación. Doble exclusión y participación. ¡Qué loca hipótesis! ¿Recuerdan que Dante consideraba como absolutamente despreciables a quienes en vida no habían tomado partido y los condenó a lo que llamó el vestíbulo de los indiferentes: «ciérranseles, entonces, las puertas celestiales y el infierno»¹². Pero en este espacio sin territorio, en esta ausencia de patria, en este paisaje marino, aquella que nada *entre* dos corrientes violentas de agua puede hacerlo de manera plácida y sosegada porque en su exceso violento los flujos se contrabalancean y ella sólo tiene que dejarse llevar mansamente. Ni siquiera le hace falta nadar. Se deja llevar pasible, pasivamente. Así, siempre se trata de un *pathos* o de una pasión, de una pasividad que se ofrece para recibir. Por ese motivo, en ese punto también soporta la imperceptible tensión que provoca el juego de fuerzas sobre su cuerpo. El suyo es un movimiento de espera, un inapreciable *movimiento de inmovilidad* entre dos «aguajes» (desearía encargarme yo misma de una hipotética nota de traducción al francés y valdría más dejarlo en español, suponiendo que el español sea una lengua determinada). Un «aguaje» es en castellano una aguada pero también, y más en general, los aguajes son las corrientes de mar en extremo impetuosas, las grandes crecientes marinas, las aguas que entran y salen del puerto en la marea, el rastro o la huella de espuma que deja el barco. Entre dos *aguajes*, entre dos poderosas corrientes marinas, entre Derrida y Nancy, entre Nancy y Derrida, en el corazón de su quiasmo, un corazón inmóvil que ni siquiera palpita en el espacio de un *arrêt*, de una suspensión y de una sentencia, todavía sueña con una resurrección.

Resurrección de Derrida. *Τέχνη* de la resurrección. Se diría, en principio, que el *motivo* de la resurrección no tiene lugar alguno en el trabajo Derrida y que cuando

¹¹ Nietzsche, F.; *La gaya ciencia*, traducción y prólogo de C. Greco y G. Groot, Ediciones Akal, Madrid, 2001, § 256.

¹² «...“De las almas que han vivido / de modo que ni el bien ni el mal hicieron / brota este triste y misero alarido. / Con la compañía, aquí, se confundieron / de ángeles ni rebeldes ni leales / a Dios: que de sí mismos sólo fueron. / Ciérranseles las puertas celestiales / y el infierno, pues gloria habrían dado, / aunque poca, a las almas criminales”» (Dante; *Divina Comedia*, Infierno, Canto III, 34-42).

lo ha tenido ha sido para recusarlo en el sentido de lo que él llamaba «una resurrección clásica», acerca de la cual bromeaba con Nancy cuando discutían al disentir sobre ella, y Derrida decía: «Al final, lo que más me gustaría sería una verdadera resurrección clásica»¹³. Y sin embargo, ese motivo vamos a verlo resurgir sin cesar, pero de un modo muy nuevo, como una resurrección. Tan nuevo que ni siquiera es lo nuevo porque el acontecer de lo otro se inscribe, como bien sabemos, dentro de cierta repetición. Por eso, lo trataremos como un *motivo*, y no como un tema, y así podremos dirigirnos a lo que en latín, *mōtio*, pone en movimiento, al impulso, a la incitación o a la sollicitación. Un *motivo* que ocupa en el trabajo de Derrida un lugar tan aporético que me atrevería a decir que no le deja vivir. Motivo de tormento y de gozo, lo que dándole la vida no le deja vivir. Motivo y huella y, como tendremos ocasión de verlo, el oxímoron de un imperceptible movimiento de inmovilidad que permitirá mostrar cómo en deconstrucción existe un arte o una *τέχνη* de la resurrección. Derrida, entre dos aguas. Y más allá de la oposición *entre* la vida y la muerte, un solo paso, un *pas au-delà*¹⁴.

«Todos los conceptos que me ayudaron a trabajar, particularmente el de la huella o lo espectral, estaban vinculados al sobrevivir, como dimensión estructural y rigurosamente originaria. Esa dimensión no deriva ni del vivir ni del morir»¹⁵.

Sobrevivir que le habrá asediado siempre, como él dijo, «literalmente, *en cada instante* de mi vida»¹⁶. Todos sus motivos habrán estado también ligados en consecuencia, como afirmó en *Spectres de Marx*, a la huella o a lo espectral en cuanto *resurreccional*, en cuanto *reinsurreccional*. El recorrido que me ha traído hasta aquí en este trabajo, no tiene más intención que mostrar cómo acaso podríamos encadenar cierta lógica, estructura o *mecánica de la resurrección* en esa serialidad sin paradigma de lo que nunca llega solo, en esa procesión de indecibles habitados por la oscilación que son, en la obra de Derrida, la alianza, el himen, el *pharmakon*, la rea-

¹³ Nancy, J.-L.; «Reste, viens», diario *Le Monde* n° 18572 (suplemento «*Jacques Derrida*»), París, 12 de octubre de 2004. Véase también en Nancy, J.-L.; *À plus d'un titre – Jacques Derrida. Sur un portrait de Valerio Adami*, Galilée, París, 2007, p. 97.

¹⁴ Derrida, J.; *Otobiographies. L'enseignement de Nietzsche et la politique du nom propre*, Galilée, París, 1984, p. 69: «Lo que cuenta, a fin de cuentas, y más allá de la cuenta, es cierto *paso (no) más allá*. Pienso aquí en la sintaxis sin sintaxis de Blanchot: él aborda la muerte en lo que llamaré la marcha de una gestión [*dé-marche*] de franqueamiento o de la trasgresión imposible. *Ecce Homo*: “Para poder comprender algo de mi *Zarathustra*, acaso debe uno encontrarse en una situación parecida a la mía: con un pie *más allá* de la vida.” Un pie, y *al otro lado* de la oposición entre la vida o la muerte, un solo paso».

¹⁵ Derrida, J.; *Apprendre à vivre enfin. Entretien avec Jean Birnbaum*, Galilée/Le Monde, París, 2005, p. 26.

¹⁶ *Ibid.*

firmación, sobrevivir, «sí, sí» o «ven, ven», entre otros. Pero, sorprendentemente, «resurrección» es también un motivo que Derrida le ha reprochado a Jean-Luc Nancy. Motivo de disentimiento, de desacuerdo. De *diferencia*... Dejémoselo decir a Nancy.

«En el “Prefacio” que escribe para el volumen titulado *Cada vez única, el fin del mundo*, recopilación de textos de despedida que pronunció para los amigos muertos, Jacques Derrida subraya cómo el “adiós” no debe saludar más que “la necesidad del no-retorno posible, *el fin del mundo como final de toda resurrección*”. [...] Derrida puntualiza, en efecto, que la “resurrección” debe ser recusada, no sólo “en el sentido corriente que haría que los cuerpos vueltos a la vida se levantaran y anduvieran, sino incluso en ese sentido de la *anástasis* de la que habla Jean-Luc Nancy”. Esta última, en efecto, “sigue, aunque sea con el rigor de cierta crueldad, prestando consuelo [...]»¹⁷

Nancy jamás ha recusado la recusación de Derrida. No se trata en absoluto de recusar la recusación y no es la intención de este trabajo. Ni es su intención tampoco sacar a la luz, por ejemplo, contradicciones en los textos derridianos porque así, en cualquier caso y finalmente, quien aseguró no poder tomar partido o parte, en definitiva, lo estaría haciendo con una engañifa demasiado burda. Sencillamente, con este trabajo he querido saciar la enorme curiosidad que despierta en mí la ambivalencia con la que Derrida se enfrenta a esa palabra, cuando hace con ella algo así como el *doble uso* de lo que sustrae al uso, la intraducible *usura* de lo que deja fuera del uso. Palabra desgastada de no usarla. Requerida y recusada, reivindicada y rechazada, inscrita y borrada. Palabra con dos bordes o de doble filo. Palabra que participa de la mecánica del «entre» y que muestra, en virtud de su ambivalencia, que las presuntas unidades opuestas que constituyen la vida y la muerte no son tales. Lo que trato de bosquejar aquí, ya que el tiempo me impide obviamente elaborar una economía integral de ese motivo a través de la obra de Derrida, no es más que una aproximación a su movimiento. Sólo ese interés me ha llevado a rastrearla y a perseguirla en sus textos. Y a partir de esta pesquisa me gustaría poder mostrar cómo Derrida también soñó con otra resurrección que ya no debería ser un milagro, que en innumerables ocasiones aludió en su trabajo al motivo de la resurrección haciendo de él un sinónimo o un sobrenombre de *sur-vie*, cuando todo lo que ha pensado y escrito acerca de la supervivencia como complicación o contaminación de la supuesta oposición vida-muerte procede en él de una afirmación incondicional de la vida, del sí de la afirmación que describe el acontecimiento exuberante que es esa *vida más que la vida*. Supervivencia —o su epónimo, resurrección— es la estructura misma de la existencia. Por supuesto, nunca la Vida escrita con mayús-

¹⁷ Nancy, J.-L.; «Consolation, désolation» en *La Déclosion (Déconstruction du christianisme, 1)*, Galilée, Paris, 2005, p. 147.

culas, ni tampoco ningún instinto de supervivencia como autoafección, autoconservación o mantenimiento de sí, sino vida más que la vida como exposición a lo azaroso de la existencia. Mi intención es, por consiguiente, poco ambiciosa y sólo pretendo mostrar cómo, en muchos de sus textos, Derrida llama «resurrección» a esa complicación de la vida la muerte y el modo en que muy concretamente, por ejemplo, lo hace en *Voiles* cuando escribe acerca de lo real como resurrección, precisamente también con miras a sacar a flote un cuerpo de la mujer velada disminuyendo un tejido, menguando *unos velos* con los que jamás se acaba (*los velos* y, una vez más y como siempre, también *las velas*, las piezas de lienzo fuerte que se amarran a las vergas para recibir el viento que impele la nave...). También hubiera querido mostrar con más detenimiento, sólo que aquí no habrá espacio para ello, cómo, a mi juicio, con la *anástasis* que Nancy ha puesto en circulación en *Noli me tangere* y con la «resurrección» que Derrida pone en movimiento diseminándola en sus textos, lo que comparten y lo que les separa es, precisamente, el levantamiento o la surrección de lo indisponible, es decir, de lo otro. Y digo también lo que les separa porque sin esa separación, sin ese retroceso o sin la retirada de un «no me toques», lo compartido se cosificaría en adhesión, en identificación o en aprehensión.

Pero el título ofrecido para este trabajo anuncia más, anuncia una *resurrección de Derrida según Jean-Luc Nancy*. Resurrección según el *εὐαγγέλιον* de Jean-Luc Nancy. Con este título de resonancias neotestamentarias sólo he pretendido, precisamente, agradecer a Nancy el hecho de que haya sido él quien me ofreció la indicación y dijo *tolle lege*, quien me trajo el mensaje, el *Ἐγγέλιον* por nombrarlo en griego como él hace con su *anástasis* ya que, sin esta última, yo hubiera permanecido sorda a la palabra resurrección cuando Derrida la pronuncia. Porque bien sabemos que sólo hay mensaje, noticia o nueva, *Ἐγγέλιον*, para quien quiere y sabe recibirlo, para quien quiere y sabe ser interpelado. ¡El que tenga oídos, que oiga! Y yo estaba sorda. Es necesario tener ya para recibir, dice Nancy. Así lo escribe en *Noli me tangere*:

«... hay que tener, precisamente, la disposición receptiva. Y esta última debe haber sido ya recibida: no es un misterio religioso, es la condición misma de la receptividad, de la sensibilidad y del sentido en general. [...] No hay “mensaje” sin que haya en primer lugar —o más sutilmente, sin que haya también en el mensaje mismo— una dirección a una capacidad o a una disposición de escucha. [...] De ese modo, el texto —o la palabra— exige, ante todo, antes de su propio sentido [...] su oyente, aquel que ya ha entrado en la escucha propia de ese texto y, por consiguiente, en ese texto mismo, en su más íntimo movimiento de sentido o de extralimitación del sentido y en su *desobramiento*.»¹⁸

¹⁸ Nancy, J.-L.; *Noli me tangere. Essai sur la levée du corps*, Bayard, Paris, 2003, pp.13 y 18.

Pero el mensaje, la buena nueva, me llegó concretamente de otro texto de Nancy, «Résurrection de Blanchot», al que remeda mi título. En él Nancy nos recuerda —aunque ahí la palabra *anástasis* no se pronuncia— que no confundimos, por supuesto, resurrección con la operación religiosa cristiana que resucita a los muertos ni con categoría alguna de la onto-teología filosófica. Debemos, por tanto y en primer lugar, hacernos cargo de la distinción que señala Nancy en su texto entre «resucitar la muerte» y «resucitar a los muertos». Nancy se encarga de mostrar cómo la onto-teología filosófica puede acaso practicar el embalsamamiento, o la metempsicosis, o bien la huida del alma, pero nunca la resurrección. Cuando Nancy pone a circular esa palabra en sus textos no se refiere, obviamente, a la operación prodigiosa y particular del «milagro» que haría que un muerto se levantara y anduviese (de la que la resurrección de Lázaro es precisamente el ejemplo y, de ahí, la popular y errónea traducción de «*veni foras*» por «levántate y anda»). Por lo demás, no deja de ser paradójico que, en el relato bíblico, Lázaro es resucitado por Jesús sólo para abandonarlo y dejarlo morir otra vez. Pero no puedo desarrollar aquí este punto), milagro o hecho sobrenatural por el que se podía escapar de las leyes de la naturaleza y que nos estaba prometido a todos y a cada uno de nosotros como un tránsito continuado a «la otra vida» de la que, además, se suponía que era «la mejor» vida. Prometida, para acabar, universalmente como la resurrección total, absoluta, ecuménica y colectiva que a modo de amnistía general para la salvación nos estaba destinada al final de los tiempos (tampoco es seguro, como afirma Nancy, que la representación de la salvación «desempeñe, en última instancia, el papel consolador que se cree quizás algo precipitadamente poder prestarle como un efecto ilusorio. Ciertamente, no sería aberrante pensar que nunca un verdadero creyente ha muerto o ha visto morir a otro en la imaginación pueril de un tránsito continuo hacia otro mundo, completamente idéntico a éste, pero exento de sufrimientos»¹⁹). Cuando Nancy analiza la aparición en *Thomas l'Obscur* del hápax blanchotiano «muerte resucitada» escribe esto:

«... si el morir es a su vez no sólo indisociable de la literatura o de la escritura, sino consustancial a ella, no lo es más que en la medida en que se aventura en la resurrección y no hace más que asumir su movimiento. [...] La resurrección de la que se trata no escapa a la muerte, ni sale de ella, ni la dialectiza. Constituye al contrario la extremidad y la verdad del morir. Entra en la muerte no para atravesarla, sino para, hundiéndose en ella de manera irremisible, resucitarla. *Resucitar la muerte* difiere completamente de *resucitar a los muertos*.»²⁰

¹⁹ Nancy, J.-L.; «Consolation, désolation» en *La Déclousion (Déconstruction du christianisme, 1)*, ed. cit., p. 151.

²⁰ Nancy, J.-L.; «Résurrection de Blanchot» en *La Déclousion (Déconstruction du christianisme, 1)*, ed. cit., p. 135.

Nancy describe esta formulación en Blanchot como rara pero decisiva. Quizás enunciada una sola vez porque, según Nancy, probablemente a Blanchot le pareció demasiado arriesgada para que no se volviera peligrosa una vez repetida por su hipoteca religiosa. Y Blanchot quiso, hasta cierto punto, prevenir el riesgo. A partir de ahí quizás empecé a entender, o a inventarme acaso, que la palabra «resurrección» en Derrida sí necesita ser repetida porque es, precisamente, en esa misma repetición donde puede surgir la novedad radical, la posibilidad de desvío, de mutación, de inauguración, de buena nueva, de irrupción de la alteridad. Entre una resurrección y otra, sobreimpresión, sobreimpregnación de dos resurrecciones o resurrección doble de sí. Del mismo modo en que Blanchot, según Nancy, podría haber suprimido completamente esa palabra de sus textos sustituyéndola por otros términos como, por ejemplo, «desobramiento», «locura» o «insomnio» entre otros, me pregunto si Derrida podría haber sustituido esa palabra o si es el caso de que, al igual que Blanchot, por un lado, eliminándola habría perdido el vínculo con la muerte cuya resurrección designa la liberación o la salida y si, por otro lado, no le fue posible eximirse de un término que funciona como un operador lógico en una relación con la muerte planteada, como dice en el exergo del inicio, como estructural en la escritura y de la que es imposible salir. Si para Derrida tampoco es una palabra prescindible, acaso sea porque también forma parte de esa estructura el hecho de que sobrevivir haya debido ser un motivo tematizado por Derrida y «resurrección» haya debido quedar sencillamente como un término derramado en su escritura como la escurridura de una simiente y abandonado en sus textos como un elemento distorsionador, como la llamada desconcertante que el texto nos dirige y que oímos sin oír. La llamada que lanza el texto no es recibida como una mismidad con la que un oído se identifica y reconforta. El oído está dispuesto a recibir, se deja dirigir una llamada desconcertante y distorsionada que ni siquiera sabe estar recibiendo. Clamor en un espacio inaccesible que es también un espacio de resistencia. Resurreccional, reinsurreccional, donde resistencia es *re-existencia*. Existencia también doble de sí. Reafirmación. Repetición de lo que resiste para permitir la necesaria apertura estructural en el origen a lo otro distinto de lo mismo. Como ya he dicho, es en *Parages*, en aguas superficiales, en una línea de flotación, donde entrevemos mejor la procesión de la huella con la que dimos comienzo y que en su repetición se desvía hacia la lógica del «sí, si», «ven, ven» o escrito, esta vez, en latín, «*veni veni*».

Prosigamos con la *Resurrección de Blanchot*. Nancy nos precisa que la inscripción de la fórmula «muerte resucitada» tiene lugar en el relato *Thomas l'Obscur* en relación con el Lázaro del Evangelio. Para Blanchot el Lázaro del relato milagroso no es el verdadero Lázaro. El «verdadero Lázaro» es Thomas. La muerte se ve resucitada entonces en ese «único Lázaro verdadero». La muerte resucita en Thomas

cuando Blanchot lo llama el «único Lázaro verdadero» que vive su morir como muere su vivir: «caminaba, único Lázaro verdadero, cuya muerte misma había resucitado»²¹. Ésta es la apuesta de la resurrección, según Nancy: «ni subjetivación ni objetivación. Ni el resucitado ni el cadáver, sino la muerte levantándolo sin superarlo»²². La muerte es el sujeto de esa muerte resucitada. No lo son ni el resucitado, ni el cadáver, ni el muerto. La resucitada es la muerte. «Concomitancia de la muerte y de una vida en la muerte que no vuelve a la vida, sino que hace vivir la muerte como tal». Es así como «camina» Thomas, escribe Nancy, ofreciéndonos la prosecución del relato de Blanchot:

«Avanzaba, pasando por debajo de las últimas sombras de la noche, sin perder nada de su gloria, cubierto de hojas y tierra, yendo, bajo la caída de las estrellas, con paso mesurado, el mismo paso que, para los hombres que no están envueltos en un sudario, marca la ascensión hacia el punto más precioso de la vida.»²³

Dejemos *en suspensión* hasta más tarde a esos «hombres que no están envueltos en un sudario» y ese «punto más precioso de la vida». Enseguida los veremos reaparecer.

Nancy está leyendo a Blanchot, lee la escritura de Blanchot a través del nombre de «Thomas» y de ese ascenso hacia el punto más precioso de la vida. En griego, *Thauma*²⁴, significa maravilla, milagro, cosa digna de admiración, pero esta maravilla es intratable.

²¹ *Op. cit.* p. 137.

²² *Op. cit.* p. 138.

²³ *Ibid.*

²⁴ No podemos detenernos en este extremo pero, como es bien sabido, para Blanchot en *L'espace littéraire*, «detrás del libro» y en relación con el «milagro de la lectura» espera la «decisión liberadora, el *Lazare, veni foras*». Hacer caer la piedra de la sepultura parece ser la misión de la lectura. Escribe: «Hay en la lectura, al menos en el punto de partida de la lectura, algo vertiginoso que se parece al movimiento irracional por el cual queremos abrir a la vida unos ojos ya cerrados; [...] quiero leer aquello que, sin embargo, no está escrito. Pero hay más, y lo que vuelve más singular aún el “milagro de la lectura” [...] es que aquí la piedra y la tumba no sólo detentan el vacío cadavérico que se trata de animar, sino que esa piedra y esa tumba constituyen la presencia, disimulada, sin embargo, de lo que debe aparecer. Hacer rodar, hacer saltar la piedra es ciertamente algo maravilloso, pero que culminamos a cada instante en el lenguaje cotidiano, y a cada instante conversamos con ese Lázaro muerto desde hace tres días, tal vez desde siempre y que bajo sus vendas bien tejidas, sostenido por los convencionalismos más elegantes, nos responde y nos habla en nuestro propio seno. Pero a la llamada de la lectura literaria no responde una puerta que cae, o que se volvería transparente [...] sino más bien una piedra más tosca, mejor sellada, aplastante, diluvio desmesurado de piedra que estremece la tierra y el cielo.

Ése es el carácter propio de esta “apertura” [...]» (Blanchot, M.; *L'espace littéraire*, Gallimard, Paris, 1973, pp. 257-258).

«[la muerte] retirada de su coseidad, de su positividad objetiva de muerte para mostrarse —“punto más precioso de la vida”— como extremidad donde se retorna y se libera el acceso de la vida a lo que no es ni su contrario ni su más allá, ni su sublimación, sino solamente y al mismo tiempo infinitamente, su revés y su iluminación por su cara más oscura, la cara de Thomas, la que recibe una luz de tinieblas y que, por tanto, sabe renunciar a la única luz de las significaciones posibles. [...]

[...] Blanchot nos lo confirmará: la resurrección designa el acceso al más allá del sentido, el avance en ese más allá por medio de un (*no*) *paso* que no va a ninguna parte más que hacia la repetición de su igualdad. De ese (*no*) *paso*, lo sabemos, la escritura es la huella o la marca [...]

[...] el espacio de la resurrección, aquel que la define y que la hace posible, es el espacio fuera del sentido que precede al sentido y que lo sucede; admitiendo que aquí anterioridad y posterioridad no tienen ningún valor cronológico, sino que designan un fuera de tiempo tan interminable como instantáneo, la eternidad en su valor esencial de sus-tracción.»²⁵

Con Nancy y Derrida y *entre* ellos (de quienes, como se ve, no podríamos separar aquí a Blanchot) he aprendido a amar ese espacio fuera del sentido, *el espacio de la resurrección*, ese espacio separado, la separación que nos pone en pie. He aprendido a amar esa «muerte resucitada» porque nos pone en pie y porque nos levanta. He aprendido, con ellos y de ellos, a saber estar siempre *en partance* y que el tiempo del otro no será jamás el mío. Enseguida vamos a ser testigos del modo en que todo esto ha sido «saludado» y querido por Jacques Derrida escribiendo acerca de lo real como resurrección. Y casualmente y sin saberlo acaso, Derrida habla de resurrección en el lugar más cercano posible al de la *anástasis*. En un lugar tan próximo a ella que la toca. La toca sin tocarla. En *Voiles*, Derrida cita el *Evangelio de Mateo*, convoca un velo rasgado, *un espacio de separación*, al lado de la *anástasis*, pegado a ella como una piel. Un velo y una *anástasis* y, entre ambos, la historia tiembla.

«Y al momento, el velo del templo se rasgó en dos de arriba abajo; la tierra tembló y las rocas se hendieron; los sepulcros se abrieron y muchos cuerpos de los santos ya muertos resucitaron [...].»²⁶

²⁵ Nancy, J.-L.; «Résurrection de Blanchot» en *La Déclousion (Déconstruction du christianisme, 1)*, ed. cit., pp. 139-140-141.

²⁶ (Mateo 27:51-52). El término «anástasis» es utilizado de manera muy restringida para hacer referencia expresa a la resurrección de Cristo. No obstante, se trata de una resurrección excepcional y peculiar que únicamente se menciona y de manera muy escueta en el evangelio de Mateo. De ahí la acotación del término particular «anástasis» con respecto a una «resurrección» más generalizada. Citamos los singulares y decisivos versículos 51 y 52 del capítulo 27 del Evangelio de Mateo que han ocasionado el establecimiento del término *anástasis*. Tomás de Aquino hace referencia a la *anástasis* en *Summa Theologica (Suppl., 69, 7)*: «...los justos del Antiguo Testamento entraban en el limbo de los Patriarcas, donde tuvieron que permanecer hasta que Cristo redimió al mundo pagando con su sangre el rescate de la humanidad pecadora».

Es poderosamente cautivador *leer*, asistir al proceso de tensión, a la progresión, a la procesión de esta resurrección tal y como es puesta en movimiento por Derrida en *Voiles*, donde lo que se pone en juego es la lógica serial de lo que nunca llega solo. Su ascensión tensa hasta el punto más precioso de la vida. Antes de *l'arrêt de mort*²⁷. Antes del dictado de una sentencia. Antes de que la muerte quede *en suspensión*. La primera vez, la resurrección es negada y, antes de que cante el gallo, antes de la resurrección de la resurrección, será negada tres veces. Primer «*pas*»:

«... quisiera decir a mi manera, *nombrar* la mortaja y el viaje, pero un viaje sin retorno, sin círculo ni vuelta al mundo, en todo caso, o, si prefiere, un retorno a la vida que no sea una resurrección [...]»²⁸

Esperar la sentencia, el veredicto, *l'arrêt*. Un veredicto que ya no consista en la revelación de una verdad, veredicto sin verdad, ni veracidad. Y, sin embargo, esperar una fecha que ya no esté prendida en el plegar y desplegar de unos *velos* y de unas *velas*. Más tarde, Derrida no lo llama *resurrección* sino «acontecimiento de *cuasi-resurrección*»:

«... acontecimiento de *cuasi-resurrección* que, por una vez, con miras por tanto a una primera y última vez, ya no tuviese nada que ver con un desvelamiento, nada que ver con lo que ellos llaman una verdad, con el dictado de una verdad [...] o con algún desenterramiento.»²⁹

Nada que ver con un desvelamiento o con algún desenterramiento. La obsesión de un velo intocable imposible de levantar. Ninguna piedra se abre, la puerta no se volverá transparente.

«... acabar con el velo de una vez es acabar consigo. [...] Ninguna oportunidad de que eso suceda alguna vez, que uno se pertenezca lo suficiente a sí mismo (en algún *s(h)aberse*, [*s'avoir*] si quieres jugar) y que uno logre volver hacia sí un gesto como ése. Acabarás en la inminencia y el des-velamiento siempre seguirá siendo un movimiento del velo. ¿No consiste éste, en su consistencia misma, en su textura, en acabar de una vez con uno mismo, levantarse, desaparecer, retirarse para dejar ver o dejar ser, para dejar?

Sí y no. Una firma, si ella sucede, habrá desviado ese destino. Seguro, siempre hay que acordarse de otro velo, pero olvidándolo, en ese lugar en el que tú esperas todavía otra cosa, preparándote para una forma de acontecimiento sin precedente.»³⁰

²⁷ Como es sabido, la expresión francesa «*arrêt de mort*» puede traducirse en español tanto por «sentencia de muerte» como por «interrupción de la muerte».

²⁸ Derrida, J. ; «Un ver à soi» en Derrida, J. y Cixous, H.; *Voiles*, Galilée, Paris, 1998, p. 28.

²⁹ *Op. cit.*, p. 30.

³⁰ *Ibid.*

Dos velos y entre ellos, una *separación*. Un poco más adelante, Derrida nos habla de un «aquí», de un «aquí mismo donde estamos» para afirmar que jamás renunciamos «aquí» a cierta «separación» a la que no hay acceso. Ella es la ley que nos cae encima («el veredicto», verdad sin verdad, «realidad sin verdad, sin verificación, sin veracidad»). Nosotros no «accedemos» a ese espacio separado porque él nos constituye. La ley de la separación constituye el acceso a todo lo que es. Un poco más adelante, Derrida ya no lo llamará «cuasi-resurrección»; su figura es borrada en una «figura infigurable». Segundo «pas». Veámoslo:

«Aquí hacia donde vamos, antes de que caiga pues el veredicto, al término de este tiempo que no se parece a ningún otro, ni siquiera al fin de los tiempos, otra figura trastornaría *de abajo arriba* toda la historia, incluso el sentido de la palabra “historia”: ni una historia de velo, de velo por levantar o desgarrar, ni la Cosa, ni el Fallo o la Muerte, desde luego, que de pronto se dejarían ver, en un último efecto teatral, en el instante de una revelación o de un desvelamiento [...], sino otra *figura infigurable*, más allá de cualquier *santo sudario*, el secreto de un rostro que ya ni siquiera es un rostro si es que el rostro contó la visión en una historia del ojo. Esperar sin horizonte, pues, y a alguien distinto que uno conoce demasiado, yo por ejemplo, por qué no, pero *habiendo regresado de tan lejos, de tan abajo, vivo o muerto*, esperar lo otro que viene, que viene a asombrar el orden del saber: ni conocido ni desconocido, demasiado conocido pero extranjero *de pies a cabeza*, aún por nacer.»³¹

¿No es aquí Derrida («vivo o muerto», «yo por ejemplo», viniendo sin llegar o siempre *en partance*, acaso «aún por nacer»...), como antes Thomas, como antes Lázaro, él mismo quien abre el «espacio», el «lugar» de una muerte levantada, sin velo que levantar, sin «santo sudario», «de abajo a arriba», «de pies a cabeza»? Derrida, habiendo regresado «de tan abajo», con «paso medido, con el mismo paso que, en los hombres que no están envueltos en un sudario, marca la ascensión hacia el punto más precioso de la vida». Continuamos con la lectura de *Voiles* porque aún tenemos que ser testigos de más resurrecciones, aunque resurrección no sea ya *le mot juste*. Acaso, tal vez, cuando lo que uno debería arriesgar siempre dependerá de un «quizás» a tumba abierta (resuena aquí *quizás* como un eco cierto *quizás* de *Politiques de l'amitié*: «Quizás vendrá, llegará quizás el acontecimiento de lo que viene, y ésta será la hora de la alegría, una hora de nacimiento pero también de resurrección, en todo caso el paso del moribundo al vivo. Tendamos el oído»³²). ¡El que tenga oídos que oiga! De momento, esa resurrección no tiene nombre. Ni es la palabra exacta. Tercer «pas»:

³¹ *Op. cit.*, p. 34. Las cursivas son nuestras.

³² Derrida, J.; *Politiques de l'amitié* suivi de *L'oreille de Heidegger*, Galilée, Paris, 1994, p. 45.

«Allí donde no se sabe nada del porvenir de lo que viene, antes de echar los dados, o más bien, del tiro de revólver en la sien en el instante de una “ruleta rusa”. ¿Entonces qué? ¿A qué se parece ese recomienzo sin precedentes [...] Resurrección *no es la palabra exacta*. [...]»³³

Y un poco más adelante, todavía no ha dicho su nombre:

«... en la víspera de una resurrección que no ha dicho todavía su nombre. Todavía no me conocéis por mi nombre. Sólo estoy fatigado del velo, es el velo el que está agotado por mí, *en mi lugar*.»³⁴

El velo en mi lugar. El velo en el lugar de mí. El velo es la señal del duelo que se porta. *La muerte resucitada* todavía no ha dicho su nombre. Pero, ¡oid! Ha cantado el gallo. ¡Qué música! Y sí, ahora ya sí, a tumba abierta y como si «nada malo pudiera ocurrir ya más que la muerte», Derrida lo llama por su nombre. El gozo de «la vida extraordinariamente ordinaria» se llama «resurrección»:

«Escribo con miras a despertarme y para prepararme mejor aún a la realidad del veredicto, mejor, al veredicto cuando se haya vuelto la realidad misma, a saber, la severidad sin apelación. Pero también sin verdad, ni veracidad, ni veridicidad, sin la menor reapropiación prometida. *Por supuesto, todavía sueño con una resurrección. Pero la resurrección con la que sueño, yo, en los términos del veredicto, la resurrección hacia la que tiendo, ya no debería ser un milagro, sino la realidad de lo real, simplemente, si es posible, la realidad ordinaria por fin restituida*, más allá de [...] la alucinación. [...] Estoy dispuesto, me digo, estoy muy cerca de gozar en paz, *gozo ya* de la turbulencia y de la nube rota, de la evidencia aceptada, de la nueva *finitud afirmada*. Qué suerte, ese veredicto, qué suerte temida: *sí*, ahora, habrá para mí algo peor que la muerte, jamás lo hubiese creído, y *el gozo aquí apodado “resurrección”, a saber, el precio de la vida extraordinariamente ordinaria* hacia la cual querría volverme, sin conversión, aún por algún tiempo, *semejante goce valdrá más que la vida misma*.»³⁵

Más que la vida misma. Consentimiento, evidencia aceptada, «*sí*, ahora, habrá para mí algo peor que la muerte»; el goce de la vida que vale más que la vida misma: «el punto más precioso», el de más valor, el de más elevado coste, el «precio de la vida» que «valdrá más que la vida misma». Ese goce consiste en correr el riesgo de decirle *sí* al compañero invisible que danza con nosotros en un inquietante «espacio separado», en esa separación increíble que no es conmensurable a nada. Esto no alimenta ninguna tanatofilia ni, como dijo Derrida, ningún discurso mortífero, ni consiste en la resignación de un «aprender a morir» para el que la filosofía

³³ Derrida, J. ; «Un ver à soi» en Derrida, J. y Cixous, H.; *Voiles*, ed. cit., p. 40.

³⁴ *Op. cit.*, p. 42.

³⁵ *Op. cit.*, pp. 81-82. Las cursivas son nuestras.

desde Platón se vendría preparando. No se trata de aprender a aceptar la muerte, sino todo lo contrario. Aceptar la vida, aceptar el precio de la vida extraordinariamente ordinaria. Su precio es inconmensurable y exige más valor mantenerse atado a la vida que claudicar a la muerte. Exuberancia de un valor absoluto que no tiene con qué medirse. Es lo más precioso (*pretiōsus*; muy caro, de elevado precio, dispendioso). «El punto más precioso de la vida». Y, precisamente, no aceptar la muerte con resignación y rebelarse a «aprender a morir» implica levantar la muerte en la vida, *la muerte misma resucitada*. Es afirmar tanto y tan radicalmente la afirmación de ese *sí*, es afirmar tanto y hasta un punto tan álgido la supervivencia (no olvidemos que el punto más *álgido* de la vida, su punto crítico siempre es también su punto glacial. Tan frío como un tañido fúnebre, tan gélido como un *glas*) que ese instante de la decisión por la existencia se vuelve una «suerte temida» que no puede sino convertirse en «algo peor que la muerte». Experiencia de que «habrá para mí algo peor que la muerte»: la experiencia de estar atado a la existencia de una forma tan radical en la que ni la fantasía del suicidio podría ofrecer un consuelo para descansar en una nada dialectizada y finalmente reabsorbida sin resto. Pero algo resiste. Como si la muerte nunca pudiera acabar por estar del todo muerta. Lo verdaderamente temible no es la muerte sino la irremisibilidad e irreparabilidad de la existencia, la ley de un abandono irrevocable e inapelable. Nancy lo ha llamado «la perseverancia de ser» y yo me atrevería a llamarlo cierta *reexistencia*. Más que la existencia. Resistencia de la existencia que se expone. Gozo de la vida extraordinariamente ordinaria. Es por eso que, *a la vez*, también *a la vez* y *a cada instante*, «puede haber para mí algo peor que la muerte» pero, paradójicamente y al mismo tiempo, como si de repente «nada malo pudiera ocurrir ya más que la muerte».

La muerte como posibilidad (el ser-para-la-muerte como nuestra más propia posibilidad) sigue *tal vez* proporcionando algún consuelo metafísico. Una negatividad finalmente superada y bien, ¡todo está cumplido ya! Se acabó definitivamente y para siempre. Pero hay algo peor que la muerte dialectizada y que resiste, y su pensamiento es el más temible: existencia sin objetivo y sin sentido eternamente. Para bien o para mal. Para lo mejor y para lo peor. Sin ver venir lo que viene. Finitud eternamente afirmada. Y eso, como escribió Derrida en una frase ya muy célebre, solo puede presentarse bajo el aspecto de la monstruosidad.

Derrida soñaba con una escritura que no fuera una muerte y cuando soñaba — si se nos permite decirlo así usando una expresión que no fue suya— no lo hacía con una escritura revivificada, a la que hubiera podido resucitar a través de «una buena resurrección totalmente clásica», sino que soñaba con una «escritura resucitada» en este sentido muy distinto que he venido tratando de esbozar hasta aquí. La suya fue también una escritura con la que *la muerte misma había resucitado*. No es una ambición de inmortalidad, como él dijo, sino la esperanza de que una huella sobreviva. También Derrida tuvo su pasión vertical y acaso no tuvo otra. Su «pasión

sin martirio», sí, y también, pasión sin consuelo y sin conversión, sólo un lapso, un intervalo:

«Un lapso de tiempo: no fue más que un intervalo, casi nada, la disminución infinita de un intervalo musical, y qué nota, qué buena nueva, qué música. El veredicto. Como si de repente el mal, nada malo ocurriera ya. Como si nada malo pudiera ocurrir ya excepto la muerte; pero solamente más tarde, demasiado tarde, mucho más tarde.»³⁶

Sero te amaui. Tarde te amé. Eso no consuela ciertamente y, por supuesto, el final del mundo será el fin *del* mundo: «aniquilación sin reserva ni compensación del “solo y único mundo” que “hace de cada ser vivo un ser vivo sólo y único”». Pero no carecemos de una escritura resucitada, no carecemos de esa pasión vertical que corta en perpendicular el yacer del cuerpo muerto. Como escribe Nancy: «no carecemos jamás, muertos o vivos, de una lengua para saludarnos el uno al otro, los unos a los otros, eternamente, inmortalmente. Un saludo así, sin salvarnos, al menos nos afecta y, afectándonos, *suscita* esa turbación extraña de atravesar la vida para nada; aunque no exactamente como pura pérdida»³⁷. Pasión vertical. Gozo que vale más que la vida misma. *Veni foras*. ¡Ven a lo abierto! aunque sea poca la luz que hoy desciende, aunque el cielo se nos cierre. Aunque el aire esté quieto y vacío de cánticos. ¡Ven! para evocar una música donde ya no hay cánticos y el cielo está cerrado. No carecemos de escritura vertical con la que saludarnos unos a otros y Derrida estuvo de acuerdo:

«...el mí mismo, muerto pero elevado por esa música, por la venida única de esta música, aquí y ahora, en un mismo movimiento, el mí mismo moriría diciendo sí a la muerte y al mismo tiempo resucitaría, diciéndose: renazco pero no sin morir, renazco póstumamente, el mismo éxtasis que reúne, en aquél, muerte sin retorno y resurrección, muerte y nacimiento, saludo desesperado del adiós sin retorno y sin redención, pero saludo la vida del otro ser vivo en el signo secreto y el silencio exuberante de una vida superabundante.»³⁸

Resurrección *de Derrida*. Doble genitivo. *Esperar una fecha* que ya no esté prendida en el plegar y desplegar de unos *velos* y de unas *velas*. La resurrección de los muertos está fechada por Derrida en un cuaderno de bitácora, *Journal de bord*, que está sumergido bajo *Survivre* y que vemos emerger, salir a flote. Un acontecimiento que tiene lugar casualmente también en la semana entre el 20 y el 27 de

³⁶ *Op. cit.*, p. 85.

³⁷ Nancy, J.-L.; «Consolation, désolation» en *La Déclosion (Déconstruction du christianisme, 1)*, ed. cit., p. 153.

³⁸ Derrida, J.; «Cette nuit dans la nuit de la nuit...», comunicación sobre *La Musique en respect* de M.-L. Mallet, publicada en la revista *Rue Descartes*, (Paris), nº 42, 2003, noviembre, pp. 124-125.

febrero³⁹, pero del año 1978. Así pues, es el momento de celebrar un «aniversario». El instante en que el año gira sobre sí mismo y forma un anillo, una alianza, el contrato que un día firma consigo mismo para retornar eternamente.

«Juicio último. Resurrección de los muertos. Los fantasmas, los *Doppelgänger* (Nietzsche: soy un *Doppelgänger*, soy un doble, en *Ecce Homo*. El acontecimiento [...] no es nada, nada distinto del ir y venir mismo).»⁴⁰

Un mes más tarde, la Pascua, la fiesta de la resurrección que los cristianos celebran (o celebramos —¿quién en occidente podría renunciar por lo demás a esta condición?—) el domingo siguiente al plenilunio posterior al 20 de marzo. Fechado en *Journal de bord* entre el 20 y el 27 de marzo de 1978. Por la cruz de San Andrés:

«Resurrecciones. La semana de Pascua. Los traductores deberán referirse al final de mi apocalipsis (*Glas*) muy ocupado con la conjunción pascual. Todavía la figura crística del “¿quién?”, del X de *L’arrêt de mort*, sobre el cual “hay que marcar una cruz”, dice el médico que le condena. Los traductores deberán referirse aquí a lo que se dice del quiasmo, del χ (*chi*) y del *ichtus* en + R, *Además* [...]. Hay otro X, en *L’arrêt de mort*, el autor de esta operación extraña cuando se lleva a cabo sobre los vivos, a veces peligrosa, sorprendente operación... Bruscamente [...]. X es el nombre del estatuario, de aquel que, por excelencia, suspende la vida la muerte. Sentencia y suspensión sin *Aufhebung*: de la traducción. Economía. Tentación.

[...] El Evangelio y el Apocalipsis violentamente seccionados, fragmentados, redistribuidos con espacios en blanco, desplazamientos de acentos, líneas saltadas o movidas, como si nos llegasen a través de un teleprompter averiado, una mesa de escucha en una central telefónica sobrecargada»⁴¹.

Final del apocalipsis de Derrida (*Glas*). *Veni* se dirige al acontecimiento. Sobreimpresión, sobreimpregnación, sobrepregnancia apocalíptica de los textos. En ese teleprompter podemos hoy leer unos versículos de la Biblia que nos afectan muy de cerca porque vuelven a mojarnos con un inesperado y singular estruendo de muchas aguas. *Apocalipsis*, 1:14-15-18:

«Su cabeza, o sea, sus cabellos eran blancos como blanca lana, como nieve; y sus ojos, como llama de fuego; y sus pies semejantes a bronce brillante, como incandescente en el horno; y su voz como estruendo de muchas aguas [...]. Estuve muerto, pero ahora estoy vivo por los siglos de los siglos».

³⁹ Los días 24, 25 y 26 de febrero de 2010 tiene lugar en Madrid el Coloquio Internacional *Herencias de Derrida/Héritages de Derrida*, para el que se presenta este trabajo.

⁴⁰ Derrida, J.; *Parages*, ed. cit., p. 180.

⁴¹ *Op. cit.*, pp. 179-171.

La resurrección, escribe Nancy, «designa lo singular de la existencia, y ese singular como el nombre, el nombre como el del muerto, la muerte como la que separa la significación del nombre. Ser nombrado es estar partiendo y dejar el sentido desde su borde, al que no se habrá, en verdad, ni siquiera abordado»⁴². El nombre es siempre y *a priori* la sentencia de muerte, una sentencia siempre precipitada, apresurada, impaciente y loca. El loco dictado de una sentencia antes de conocer el veredicto. Antes de tiempo y antes del tiempo. La vida no vuelve en lo que tradicionalmente se llama la inmortalidad de las obras. Pero las obras pueden ser inmortales porque ellas mismas son formas y maneras de remisión, de envío, de apelación. La resurrección es esa remisión infinita, eterna. Y si la vida vuelve, volverá al nombre. Por eso, tomo prestadas unas palabras de Blanchot en *L'arrêt de mort*, las cito sin citarlas para hacerlas comparecer y las tergiverso, las enredo, las transexualizo, les cambio el género. Las impregno con otras aguas, pinto aquí con ellas más de un *lavis* para dirigirme a él, nombrarlo, llamarlo por su nombre y decir: ¡Jacques, ven! Y, eternamente, él está ahí.

No he sabido escribir nada más. Yo misma no veo nada importante en el hecho de que un hombre que estaba muerto, a mi llamada volviera a la vida, pero veo un prodigio que me abruma en su coraje, en su energía que fue bastante fuerte para volver la muerte estéril tanto tiempo como él lo quiso. Es preciso que esto se entienda: no he contado nada extraordinario ni siquiera sorprendente. Lo extraordinario comienza en el momento en que yo me detengo...

⁴² Nancy, J.-L.; *Noli me tangere*, Bayard, Paris, 2003, p. 76.